

En el bicentenario del nacimiento de Benito Juárez

EL INFORME DE PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA

Víctor Orozco

El 8 de noviembre de 1856, el obispo Pelagio Antonio de Labastida rendía un extenso informe a la Secretaría de Estado del Vaticano sobre la situación política de México. Exiliado por entonces en Roma, después de la fallida insurrección conservadora ocurrida en su diócesis de Puebla, el dignatario eclesiástico incluía una breve semblanza de los más notorios personajes de la época. Desfilaban bajo la pluma acuciosa del informante una buena parte de los nombres que formaban la clase política mexicana en vísperas de la promulgación de la constitución federal de 1857, después del triunfo de la revolución de Ayutla y la caída de la dictadura de Santa Anna.

En los círculos eclesiásticos, tanto de México como de Roma, campeaba una gran preocupación por la suerte que correría la República, pero sobre todo por el destino de las cuantiosas propiedades de las que era dueña la iglesia católica, a través de sus numerosas instituciones. Baste decir que, sólo en la ciudad de México, dos quintas partes de las viviendas pertenecían a corporaciones eclesiásticas, según se mostraba en varios informes existentes en el Archivo Secreto Vaticano. El nerviosismo de los altos dignatarios católicos no estaba por supuesto injustificado. La revolución triunfante cobraba cada día un mayor radica-

lismo, al menos entre una corriente que se afanzaba en el partido liberal, conformada por los llamados "puros". El programa que animaba al movimiento revolucionario y que acabaría por orientar los cambios de mayor significación y profundidad que se han producido en la historia de México, por definición chocaba con los dos viejos poderes venidos desde la época colonial: el clero y el ejército, toda vez que su divisa principal era el acabar con fueros y privilegios.

A su vez, el papa Pío IX enfrentaba a un creciente movimiento nacionalista italiano en el que también florecían las propuestas más radicales, derivadas de las revoluciones de 1848 que, aunque derrotadas militarmente en toda Europa, habían dejado como herencia la idea de una república social en la que se fuera mucho más allá de la pura igualdad jurídica para alcanzar mayores rangos de igualdad social. El duro conflicto que se vivía en Roma fue de hecho generalizado y trasladado a Latinoamérica, asumiendo la santa sede que el movimiento republicano y anticlerical tenía un carácter universal, con sus expresiones nacionales. De allí que decidiera combatirlo por igual en todo el mundo. Por su parte, los liberales europeos —y en especial los italianos—, expulsados de casi todas sus patrias de origen, se trasladaron a las jóvenes naciones americanas, en donde animaron las

luchas libertarias. En su informe, por vía de ejemplo, el obispo Labastida denuncia la participación de italianos *de los que hicieron aquí la guerra al Santo Padre*.

En todos los países se vivía, pues, la polarización ideológica y política. México no fue, sobre este punto, una excepción. La peculiaridad que sí tuvo es que aquí triunfaron los partidarios de las reformas radicales al sistema político y al sistema de propiedad, aunque ello significó una cruenta guerra civil.

En estas condiciones, en la cancillería vaticana había un acusado interés por saber quiénes eran los principales actores políticos del país, más allá de la usual atención que observaba con todos los gobiernos y específicamente con los de las ex colonias iberoamericanas. Así que el obispo de Puebla, luego de revisar todas las acciones estatales que desde su punto de vista atentaban en contra de la iglesia católica, sobre todo aquella que le obligaba a enajenar sus fincas rústicas y urbanas a los arrendatarios, conocida como Ley Lerdo y promulgada el 25 de junio de 1856, ofrecía su versión sobre las personas.

En un corto espacio es imposible examinar la extensa relación que hace el dignatario eclesiástico que unos años más tarde sería de los artífices del fallido imperio encabezado por Maximiliano de Habsburgo. Así que me concreto a los juicios expre-

sados acerca de varios de los influyentes en la época o que cobrarían relevancia en los años siguientes, como Benito Juárez.

En el bando liberal gobernante, coloca en primeras filas a Melchor Ocampo, a quien es el único que reconoce prestigio, buenas virtudes y capacidad, pero que *Entregado después a los malos libros es hoy impío y no solo sectario, sino cabeza de secta, pues pervierte a muchos jóvenes con sus conversaciones, cartas, escritos sueltos, etc.*

Al diputado Ponciano Arriaga, a quien la historia posterior le reconoce haber sido precursor de las luchas por el reparto de tierras, el diligente obispo poblano le acuerda sus peores calificativos: *...de ideas antieclesiásticas, irreligiosas, de costumbres muy relajadas, ebrio consuetudinario. El discurso que pronunció sobre la tolerancia manifiesta lo que es en punto a Religión y el proyecto de nuevo reparto de territorio, lo que es su exaltación y sus principios de un socialismo declarado.*

El futuro general liberal Santos Degollado aparece un poco mejor parado: *...parece un cordero en el exterior, pero es astuto, perspicaz, laborioso, de muy malas ideas en política y religión, bajo la capa de regularidad y moderación.*

Me salto el documento hasta la sección que Don Pelagio Labastida destina a los de *...2° orden que han figurado y figurarán en los primeros puestos, al abrigo de las continuas revueltas.* Coloca allí a Juan José Baz, García Pueblito, Parrodi y a *... los abogados D. Benito Juárez, autor del desafuero eclesiástico y D. Ezquiel Montes Ministro de Justicia (quienes) son muy perversos; lo mismo que un señor de la Fuente, que ha entrado de ministro de relaciones exteriores por la muerte de D. Luis de la Rosa.*

Los altos elogios que figuran en el informe al papa, los reserva el obispo

para varios de los prominentes miembros del partido conservador, pero sobre todo para D. Lucas Alamán, de quien afirma: *...ocupaba sin duda el primer lugar de gran talento, de sano juicio, de excelentes ideas en Religión y en Política, de vastos conocimientos en la ciencia del Estado, en la historia del País cuyos elementos sabía apreciar, cuyos hombres sabía conocer, su muerte puede decirse que fue una calamidad pública y la muerte de la administración del general Santa Anna... único hombre de Estado que ha producido México.* El otro político que se le aproximaba según el infor-

partían la visión de Labastida sobre la cuestión mexicana. No en balde, Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos era el prelado mexicano de mayor influencia nacional y en la propia corte de Roma. Su participación activa en la política mexicana e internacional, ciertamente contribuyó a definir la forma como las altas jerarquías católicas enfocaron la guerra en la que se precipitaría el país en diciembre de 1858: como una auténtica cruzada en contra de los malos, los infieles, los herejes, ateos, masones y socialistas. A la luz de este documento y otros simila-



mante era D. Teodosio Lares, autor de varias de las iniciativas y acciones de mayor autoritarismo durante la dictadura santanista.

Estos juicios y muchos más que contiene el documento que analizo, orientaron sin duda la política de la Santa Sede hacia México y aún hacia América Latina. Por entonces, el papa estaba representado ante el gobierno mexicano por monseñor Luigi Clementi, obispo de Damasco, quien se había acreditado como nuncio a finales de 1851, no sin la oposición soterrada que le hizo el arzobispo de México Lázaro de la Garza y Ballesteros. Con pocos matices, ambos com-

res, puede comprenderse por qué no fue posible la conciliación entre liberales y conservadores. Para estos altos dignatarios era, sencillamente, la lucha del mal contra el bien, de los perversos en contra de los justos. Y en ese tenor, no había conciliación ni mediación posible. Quizá por eso, Benito Juárez, (perverso) personaje de segundo orden según el informe, concluyera en los momentos de mayor algidez de la guerra de reforma que el triunfo de la reacción era moralmente imposible.

No se puede mirar. Aguafuerte, aguada, punta seca, escoplo y bruñidor.